

necesitase para ello usar de sus grandes luces, que cualquiera negociacion de palabras hubiera sido inútil y que solo podia aprovechar á Hermenegildo la intervencion armada ó el auxilio de las fuerzas imperiales.»

Escribió tambien el príncipe católico al rey de los suevos y á los de Francia pidiéndoles su ayuda; entregó á los romanos á Ingunda su muger y á un niño que le nació poco antes, ó por prendas de su fidelidad, ó mas bien para la seguridad de sus personas en caso que la suerte de las armas no le fuese propicia. No se descuidó Leovigildo por su parte en hacer los preparativos para la guerra. Trató primeramente de concertar en algun modo á los católicos con sus arrianos, á cuyo fin juntó en Toledo el conciliábulo de que hace mencion Berault, y con la abolicion de la costumbre de rebautizar, y la promulgacion de una nueva fórmula de creencia en la que se encubria el error, tendió el lazo á los fieles menos ilustrados y los ganó para sí. Hizo despues en todos sus Estados numerosas levadas, con las que reunió un poderosísimo ejército (1): envió sus embajadores á Francia con muchos regalos para asegurarse de la amistad del rey Chilperico: sobornó á los imperiales entregándoles treinta mil sueldos de oro, con los que se dejaron corromper hasta el extremo de faltar á la fe de los tratados que concertaran antes con Hermenegildo, y de abandonarles. Pasáronse tres años en estos preparativos, y en el de 583 marchó el rey padre con toda su gente hasta cerca de los muros de Sevilla sin encontrar resistencia alguna; porque abandonado Hermenegildo de los griegos, y no habiendo recibido los socorros de Galicia, no se creyó en estado de presentar la batalla ó de mantenerse en el campo, y pasó á encerrarse con su ejército en la ciudad. Sitióle inmediatamente Leovigildo, y todo el tiempo que duró el asedio, que fué cerca de dos años, fatigó á los sitiados con cuantos medios estuvieron á su alcance: cerróles la navegacion del Guadalquivir, cortóles toda comunicacion y entrada de víveres, acometió á Miro, rey de Galicia, que venia con sus tropas en favor

(1) Mariana, lib. 5, c. 11.

de Hermenegildo, y le indujo con sus regalos y amenazas á unírsele contra los sitiados, lo que pagó bien caro el rey suevo, pues segun unos murió durante el sitio, y segun otros á luego de su regreso á Galicia. Finalmente, viendo el desgraciado príncipe que su ciudad se hallaba reducida por el hambre casi al extremo, y que no podia sostenerse por mas tiempo, hizo con toda su gente una vigorosa salida, se abrió paso por entre el ejército sitiador, y se retiró hácia Córdoba. Huyendo despues de esta ciudad, se fortificó en el castillo de Oset, donde resolvió esperar á pie firme al enemigo y darle la batalla con todas sus fuerzas. Escogiendo con esta idea trescientos de sus mas valerosos soldados, los puso delante del castillo, y colocó el grueso del ejército en observacion, para atacar á un mismo tiempo por frente y espaldas á sus contrarios. Empero todo fué inútil: pues habiendo descubierto Leovigildo el plan de su hijo no le dió lugar de ponerlo en egecucion: se arrojó desesperadamente sobre la fortaleza, destrozó á los trescientos armados, la puso fuego y la abandonó á las llamas.

Perdido ya y sin recursos, se refugió Hermenegildo á una iglesia vecina, desde donde envió un parlamentario á su padre, confiando que podria aplacar su ira y ajustar la paz. Dispuso entonces Leovigildo que Recaredo, su segundo hijo, fuese á buscarle, con la facultad de prometerle con juramento que olvidaria todo lo pasado siempre que se humillase. Manifestóse dispuesto á practicarle todo; salió de la iglesia, se postó á los pies de su padre y le pidió el perdón. El rey le recibió con las mayores demostraciones de amor y ternura, lo besó y lo estrechó en su seno; mas de allí á poco lo mandó prender y lo llevó consigo á donde estaban acampadas sus tropas. Allí, contra la fe de la promesa y contra la religion del juramento, le despojó de las insignias reales, mandó que le condujesen en su seguimiento en traje muy vil hasta Toledo, y de allí, cargado de cadenas, lo envió preso á Valencia. El sábio autor de la historia crítica de España supone que esto solo fué un destierro, y que el príncipe volvió á fortificarse y aun extender sus dominios mas

allá de Andalucía por Estremadura; y por último, que su padre, renovando la guerra, le arrojó de Mérida, le persiguió hasta el reino de Valencia y le puso en prisiones en Tarragona. Como quiera que esto fuese, lo que consta por el abad de Biclaro ó Valclara, autor contemporáneo y digno de toda fe, es que en esta última ciudad padeció Hermenegildo la prision y el martirio; ora sea que le trasladasen allí desde Valencia despues de la derrota de Sevilla y viage de Toledo, como supone Berault, ora que le aprisionasen en la misma Tarragona despues de la segunda campaña (1). «La verdad es, dice Mariana, que en Sevilla, á la puerta que llaman de Córdoba, se muestra una torre muy conocida por la prision que en ella tuvo Hermenegildo, espantosa por su altura y por ser muy angosta y oscura. Dicese comunmente que en ella estuvo con un pie de amigo atadas las manos al cuello, y que el santo mozo, no contento con el trabajo de la cárcel, usaba de grande aspereza en la comida y vestido; su cama era una manta de cilicio, y él mismo, ocupado en la contemplacion de las cosas divinas, suspiraba por verse con Dios en el cielo, donde esperaba ir muy en breve.»

§. VII.

Martirio de San Hermenegildo.

La causa del duro tratamiento que dió Leovigildo á su hijo, no tanto fué el deseo de vengar los anteriores agravios, cuanto el verle constante é inflexible en la profesion de la fe católica. Tal vez se imaginó el pérfido padre, que teniéndolo en su poder, fácilmente le induciria á hacer su voluntad y le haria abrazar de nuevo la religion dominante de los godos. Aplicóse, pues, á tentarle con el aliciente de los premios y con el terror de las amenazas (2). Mas el generoso príncipe con invencible constancia protestó una y muchas veces, que en ningun modo podia abandonar la verdadera fe con que habia sido sobrenaturalmente ilustrado; por lo que enfurecido

(1) Joann. Biclar. Chron. pag. 390; Masdeu, hist. crit. de Esp. tom. 40, pag. 138.

(2) Gregor. M. lib. 3 dialog., cap. 31.

hasta el extremo el bárbaro padre, le declaró privado para siempre del reino, confiscó todos sus bienes, y ordenó á sus satélites que le atasen las manos y cargasen el cuello con pesadas cadenas. En medio de la horrenda oscuridad de la cárcel quedó lleno de una nueva luz el espíritu del santo confesor, y principiando á despreciar el reino de la tierra y á buscar el celestial con mas fuerte deseo, ocultaba bajo las cadenas un áspero cilicio, añadía á esta mortificacion el ayuno, las vigiliass y otras muchas prácticas de verdadera piedad, y de continuo suplicaba al Dios Omnipotente que le asistiese y confortase con su gracia. De este modo perseveró preparándose al martirio, hasta la Pascua del año 586 segun la opinion comun.

Llegada esta solemnidad, en la que los cristianos acostumbraban comulgar, envió el bárbaro padre un obispo arriano á su piadoso hijo, para que le indujese á recibir de sus manos la comunión sacrilega y se hiciese así merecedor de volver á su gracia. El hombre de Dios, santamente indignado, reprendió la maldad del obispo herege y le arrojó de su presencia; porque aunque atado esterioresmente, no se hallaba aprisionada la verdad en su pecho y se conservaba su fe en plena libertad. Vuelto el arriano á Leovigildo le refirió el hecho, y encolerizóse de tal modo, que tomando por suyo el ultraje y bramando de rabia mandó que sin dilacion le quitasen la vida en la misma cárcel. Cumplióse luego este inicuo precepto. Entrando los asesinos en la prision, uno de ellos llamado Sisberto le partió de un hachazo la cabeza, y luego se la cortó, arrancando así con bárbara crueldad la vida al santo príncipe, de la que él mismo habia hecho ya un holocausto al Señor. No faltaron sobrenaturales milagros que manifestasen la gloria del rey mártir: en medio del silencio de la noche se oyó un canto celestial en torno de la cárcel, y viéronse tambien resplandecer sobre ella lámparas encendidas: por lo que los católicos principiaron á tributar, como era justo, á aquellas santas reliquias la debida veneracion. La cárcel fué convertida algun tiempo despues en iglesia, y consagrada á Dios con la advocacion del Santo. No se sabe dónde esté al presente su cuerpo, y ni aun está bastantemente

averiguado el lugar en que le sepultaron; pero si es cierta la gran devoción que desde entonces le profesaron los españoles, la que subió de punto cuando el Papa Sisto V puso el nombre de San Hermenegildo en el calendario romano y espidió el decreto de su fiesta, que celebran las iglesias de España en unas provincias á 15 y en otras á 14 de abril. «La devoción que con él antiguamente se tuvo fué muy grande, dice Mariana (1), como se entiende así por lo dicho como de que muchos, así varones como hembras, se llamaron de su nombre Hermenegildos, Hermesindas, Hermenesindas; y aun los sobrenombres de Armengol y Ermengando de que usaron los españoles, entienden algunos se tomaron del nombre de este Santo. Lo mismo se dice de Hermenegildez y Hermildez, que tienen terminación aun mas bárbara.» Véase también la crónica de Morales tomo 5, pág. 547 y siguientes, donde hace una descripción de la torre de Sevilla donde estuvo encerrado el Santo, refiere las mejoras que en ella se hicieron por Francisco Guerrero, devoto del Santo, las que después se efectuaron hasta su tiempo, y los favores celestiales que el mismo Morales cree haber recibido por su intercesión.

Comunmente asignan los historiadores la gloriosa muerte del santo mártir al año 586, en que cayó el Sábado Santo á 15 de abril y la fiesta de la Resurrección á 14, en cuya noche suponen que se presentó en la prisión el obispo arriano, volvió á verse con Leovigildo, y éste mandó al verdugo que le quitase la vida. Sin embargo, observa con mucha razón el P. M. Florez en el tomo 6 de su *España sagrada*, pág. 409, que se necesitaban algunos días para que fuese de Tarragona, donde estaba la prisión, á Toledo, donde residía el rey, la noticia de que Hermenegildo había rehusado la comunión del arriano y se determinase por esta razón su padre á condenarle á muerte. Parece, pues, mas creíble, según el P. Florez, que la Pascua de que se habla en las actas del martirio fuese la del año 585, que cayó á 25 de marzo, y que el martirio

(1) Lib. V, c. 12.

se ejecutase á 15 de abril del mismo año, diez y nueve días después de la Pascua, tiempo que el P. Florez cree suficiente para que mediasen todas esas cosas.

La viuda del rey mártir estaba entonces con su hijo, á quien unos llaman Amalarico, y otros Atanagildo, en poder de los imperiales, que no queriéndola entregar ni á los franceses ni á los españoles, la dirigieron por mar á Constantinopla. La nave, ó por tempestad, ó por enfermedad de Ingunda, ó por otro cualquier motivo tomó puerto en Africa, donde se quedó y murió la princesa, según refiere San Gregorio de Tours, escritor mas antiguo que Pablo diácono, que pone su muerte en Sicilia y cuenta el viaje con otras circunstancias. El hijo es cierto que llegó á Constantinopla, porque en esto convienen todos, y se conservan cartas de Brunequilda, reina de Francia, dirigidas á este su nieto, y otras á la corte del emperador. Los reyes Childeberto y Gontrano tomaron las armas contra Leovigildo como principal autor de todas las desgracias de Ingunda y Hermenegildo, y no se movió también el rey Chilperico por la alianza que con sus regalos y dinero comprara de él poco antes dicho Leovigildo. El ejército de Borgoña penetró en las fronteras de la Galia gótica, resuelto á destruir aquella parte del dominio de los godos. Nimes y Carasona le abrieron las puertas, y marchaba ya en aire de vencedor cuando Recaredo le atacó con numerosas fuerzas y desbarató todos sus planes persiguiéndole hasta dentro de sus dominios.

§. VIII.

Persecucion de Leovigildo contra los católicos.

El furor y fanatismo del monarca arriano habían llegado ya á sofocar su prudencia y pervertir su recto juicio. La muerte cruel que mandó dar á su primogénito no fué mas que un preludio de la sagaz á par que sangrienta persecucion que luego á luego movió contra los católicos. Desterró en ella á muchísimos obispos, quitó las rentas y privilegios á las iglesias, precisó á muchos con sus terrores á sujetarse contra su voluntad á los dogmas pestíferos de la secta, y engañó también á otros sin persecucion con

el oro, con las dignidades y con los honores. Llegó su temeridad al extremo de rebautizar á los fieles, y precipitó á este último exceso de apostasia y de maldad, no sólo á algunos del pueblo, sino también del orden sacerdotal, y entre ellos á Vicente, obispo de Zaragoza, que postergó su fé y sus virtudes á la gracia y favor del tirano, si bien escribieron contra él y vindicando la fé católica los sábios y celosos obispos Severo de Málaga y Liciniano de Cartagena; de este último añade San Isidoro que escribió muchas cartas á Eutropio de Valencia, y que falleció en Constantinopla, se cree que huyendo de Leovigildo. Los dos santos hermanos, Leandro de Sevilla y Fulgencio de Eciija, experimentaron muy particularmente los efectos de su cólera. Mausona, arzobispo de Mérida, uno de los varones mas señalados de aquel tiempo, sufrió el mismo rigor. Hizole el rey presentarse en Toledo, y después de muchas afrentas, vejaciones y tormentos, le envió al destierro y mandó poner en su lugar á un herege pertinaz llamado Sunna. Otros muchos obispos salieron igualmente desterrados, y sus iglesias se vieron entregadas á los maestros del error. No se contentó la rabia de Leovigildo con privar de sus sillas y bienes á los católicos; dió también la muerte á muchos de ellos, haciendo perecer á unos de hambre, á otros con los azotes, y á otros con diversos linages de tormentos. Desterró también á Barcelona á Juan, llamado el Bielarense, pues por mas esfuerzos que hizo para hacerle abjurar la verdadera fé, no pudo conseguirlo. Desterrado Juan, que era hombre muy instruido y virtuoso, fundó el monasterio de Bilclara ó Valclara en Cataluña, en donde fué abad y de ahí le vino el sobrenombre de Bielarense.

Es célebre entre otras la confesion de un clérigo que nos describe San Gregorio de Tours en el libro de la gloria de los mártires. Preso y llevado á la presencia del rey, después que generosamente confesó la perfecta igualdad de las tres divinas Personas, principió el tirano á tentarle con la oferta de muchos dones para que suprimiese la confesion de la igualdad y pronunciara que el Hijo y el Espíritu Santo eran menores que el Padre. Mas habiendo rehusado el at-

leta este consejo, como la picadura ó veneno mortal de una víbora, prosiguió el rey: «Bien veo la dura pertinacia de tu corazón, pero conozco también lo delicado de tus fuerzas; por lo que si no te han doblado los dones, te vencerán fácilmente los tormentos.» «Dios quiera, respondió el ministro del Señor, que yo sea digno de perder la vida por esta confesion: tus dones los abomino como estiercol.» Enojado entonces Leovigildo mandó que le colgasen en el aire y le azotasen; y en medio de la cruel tortura le preguntaba: «¿qué crees tú?» «Ya te he dicho que creo en Dios Padre Omnipotente, y en su Hijo Jesucristo;» y perseveró siempre en la misma confesion sin que la crueldad lograra jamás hacerle titubear. Los tres primeros golpes, como decia después él mismo, le penetraron hasta el alma; pero no sintiendo dolor alguno con los siguientes, cual si un fuerte escudo hubiese cubierto sus espaldas, siguió predicando su fé en alta voz con la mayor confianza y alegría. Finalmente, cansado el rey de verlo atormentar, lo desterró con orden de que no se dejase ver mas en España. Los historiadores antiguos añaden á esta otras muchas confesiones no menos gloriosas, las que pueden verse en el mismo Gregorio de Tours, en el abad de Bielara y en San Isidoro (1).

Sin embargo, quiso Dios amansar la fiereza de Leovigildo y tornarle á su natural rectitud con la voz de los milagros. Noticioso el rey del que había acaecido, en un monasterio situado entre Cartagena y Sagunto, cuando después de haberle saqueado sus satélites y hecho huir á los monges, quedó muerto uno de ellos repentinamente al desembainar la espada para cortar la cabeza al santo abad que por su ancianidad y su celo no quiso abandonar el monasterio, mandó el rey se volviese al monasterio todo lo que se le había quitado. Viendo pues Leovigildo este y otros milagros que el Señor obraba en favor de los católicos, llamó en secreto á los obispos arrianos, y les dijo: «¿por qué vosotros no haceis en los pueblos los prodigios que hacen estos que se glorian

(1) Greg. Turon. lib. de Glor. Confessor.; Joann. Chron.; Isidor. Chron. Gothor.

de ser cristianos? «Por lo que á mí hace, respondió uno de los hereges, he dado muchas veces vista á los ciegos, oído á los sordos, y puedo tambien hacer al presente iguales milagros.» Llamó despues el arrogante prelado á uno de sus hereges, y le dijo: «toma estas cuarenta monedas de oro, y sentándote con los ojos cerrados por donde yo he de pasar en compañía del rey, grita en alta voz que te restituya la vista por el mérito de mi fé.» Tomó el infeliz sectario los dineros, é hizo cuanto se le habia ordenado. Al dia siguiente, pasando el nuevo Cirila juntamente con el rey, y en medio de una comitiva numerosa de hereges, principió aquel miserable á gritar en alta voz pidiendo que se le restituyese la luz del cuerpo por los méritos de su obispo y por la eficacia de su fé. Detúvose el obispo sin dudar en nada, y con grande presuncion le puso la mano sobre los ojos, diciéndole: *Concedate Dios lo que pides segun mi fé.* Hizo efectivamente Dios el milagro, mas no para autentizar el error, sino para manifestar y confundir la maldad. El fingido ciego perdió realmente la vista, y esperimentó con tal horror que se le cubrian de tinieblas y cerraban los ojos, que no pudo menos de tributar homenaje á la verdad y manifestar el fraude, lo que sirvió para que Leovigildo disminuyese el furor de la persecucion (1). San Gregorio llamó nuevo Cirila á aquel obispo, porque habia sucedido un caso semejante á Cirila, patriarca de los arrianos de Africa en tiempo del cruel Hunerico.

IX. *Últimas acciones y muerte de Leovigildo.*

Habia sucedido en el trono de los suevos Eborico, hijo del rey Miro que murió como dijimos en el sitio de Sevilla. Rebelóse contra el nuevo soberano un pariente suyo llamado Andeca, y le despojó del reino obligándole á recibir las órdenes sagradas y el hábito de monje. Cuando llegó esta noticia á oídos de Leovigildo, que ansiaba siempre ampliar sus dominios y apo-

(1) Gregor. Turon. lib. 5, hist. cap. 39; Morales, t. 5, c. 48.

derarse de toda España, no perdió la ocasion que se le ofrecia de poder ocupar á Galicia con el pretexto de vengar á Eborico. En efecto, marchó al frente de sus tropas contra el usurpador, destruyó sus fuerzas, le prendió é impuso el mismo castigo que él habia dado á Eborico, desterróle á Béjar y se apoderó de todos los Estados de Galicia. Llevaron á cabo los godos esta guerra y conquista en muy poco tiempo, durante el año 587, ó segun otros 586 (1). De esta suerte acabó el reino de los suevos, que por espacio de ciento setenta y cuatro años habia poseído una buena parte de España, con lo cual quedó Leovigildo dueño de toda ella, escepto un corto número de ciudades que obedecian al emperador.

Mas no gozó mucho tiempo el principe arriano de sus nuevas conquistas, ni del poder de perseguir y atormentar á los católicos. Poco despues de haber llegado á Toledo le sobrevino la enfermedad y la muerte, en la que principió la felicidad de España, y tal vez la del mismo Leovigildo. Dice de él el Papa San Gregorio, que en lo último de su vida conoció la verdad de la fé católica, pero que no tuvo fortaleza para profesarla por respeto y temor de su gente (2). Sin embargo no es fácil asignar qué era lo que podia temer en aquella hora el que supo oprimir á los grandes del reino que acostumbraban hacer frente á los principes, y poner límites á su dominacion, y elevar los derechos de la monarquía, y gobernar sus pueblos con la autoridad y fuerza de un soberano de todo punto absoluto. San Gregorio de Tours, autor tambien contemporáneo, afirma que Leovigildo se convirtió enteramente á la fé católica, que abjuró é hizo penitencia de sus errores, se manifestó grandemente solícito de que todos sus súbditos abandonasen la secta impia, y que finalmente murió despues de haber llorado por siete dias quanto habia maquinado contra el Señor y contra la Iglesia. Seria muy apreciable tener mas fuertes pruebas para añadir con mayor fundamento á la victoria de Herme-

(1) Mariana, hist. lib. 5, c. 48.
(2) Gregor. M. lib. 3, Dialog. caps. 31.

negildo el trofeo de la conversion de su padre. Empero no nos atrevemos á anteponer el testimonio del Turonense al del Pontífice San Gregorio, al silencio de San Isidoro de Sevilla y del abad de Bielaro, los que no parecen verosímil que hubieran omitido un hecho tan memorable cual seria la eficaz y sincera conversion del rey. Dejando pues, solamente á Dios el juzgar del corazon de Leovigildo, lo cierto es que en esta su última enfermedad mandó alzar el destierro á los Santos obispos Leandro, Fulgencio, Mausona y demás espatriados por la fé. Hizo tambien llamar á su hijo Recaredo, y le dijo que seria mas afortunado el reino que le dejaba si todos sus vasallos recibiesen despues de tanto tiempo la antigua y verdadera Religión. Encargóle que tuviese en lugar de padres á Leandro y á Fulgencio, que siguiese su direccion así en los negocios particulares de su familia como en el gobierno de la nacion; y cuando se presentó el santo obispo de Sevilla, le pidió encarecidamente el rey moribundo que cuidase de Recaredo, y con sus amonestaciones le hiciese imitar á su hermano Hermenegildo, á quien, añadió, *di la muerte sin bastante causa* (1). Así murió aquel principe verdaderamente grande en todo lo temporal, pero infeliz por su fanatismo é impietad, é infinitamente desgraciado si no fué verdadera su conversion y aceptada su penitencia en el tribunal del Supremo Juez.

X. *Recaredo rey de España: conversion de los godos á la fé católica.*

No fueron vanas las exhortaciones y súplicas que hizo Leovigildo al morir; ó digámos mas bien, la sangre de Hermenegildo, derramada cual fecunda simiente, produjo abundantes y sazonados frutos de fé y de piedad. Las oraciones del santo rey mártir obtuvieron finalmente de Dios este gran bien para su reino, y el celo de Recaredo y de Leandro vieron en breve tiempo cumplidos sus deseos y reducida toda la nacion

(1) Mariana, lib. 5, c. 13.

de los godos al catolicismo. Luego que este principe ocupó el trono de su padre, revolvió su pensamiento á dar un nuevo orden á los negocios del Estado y á preparar á sus súbditos á aquella grande mutacion. San Leandro encontró en él la mayor docilidad, y todas las buenas disposiciones que le hacian capaz de imitar á su hermano y abrir su corazon á la luz de la verdad católica. Así fué que en poco tiempo pudo concluir la obra de su particular conversion, como que durante aun el primer año de su reinado y en el décimo mes de él, segun el Bielarense, profesó públicamente la fe de la Iglesia universal, y comenzó á tomar sus providencias para que sus súbditos siguiesen su noble ejemplo.

Grandes eran los obstáculos que podian retardar la ejecución de tan árdua empresa; obstáculos que principalmente nacian de dos partes, la una interna, á saber, su madrastra la reina Gosuinda; la otra esterna, que era la Francia. La vieja é imperiosa reina tenia gran séquito en la nacion por haber sido esposa de dos reyes, y hallándose obstinadísima en el error estaba pronta á dejarse llevar de su fanático celo por la secta impia, hasta turbar la quietud pública y doméstica, y apagar en sí misma los sentimientos de la naturaleza y de la sanogre por donde no se podia esperar que favoreciese á Recaredo en su santa determinacion. Por parte de la Francia era muy peligroso hacer en el reino tan gran novedad en materia de religion, porque hallándose en actual guerra con aquella potencia, en el caso que los súbditos hereges se sublevasen se debia sostener una lucha estrañia y otra civil. No obstante, el sabio y prudente rey supo vencer con su discrecion tan grandes impedimentos. Si bien no tenia motivo alguno para amar á Gosuinda, como que habia sido la causa de los disturbios de la familia real, de la guerra civil y de la muerte de su santo hermano, la respetó sin embargo como madre, y la manifestó el aprecio que hacia de su persona valiéndose de sus consejos. Movido de las razones de Gosuinda fué el primero que pidió la paz á la Francia, aunque mantenía la guerra con ardor y felicidad. Remitió á este fin diferentes embajadores á las dos cortes de Bor-